

perar que llegue el momento en que los sociolingüistas se decidan a emprender un estudio especializado de las academias (no el de otras agencias planificadoras) de diferentes lenguas y países no sólo en términos históricos, de estructura y de funcionamiento, sino: 1) en el de la integración de su personal (procedencia económico-social, preparación intelectual, ideología política e ideología lingüística); 2) en el de la manera en que las actitudes, opiniones y conductas lingüísticas de la sociedad global se reflejan en las decisiones de la Academia correspondiente; 3) en el del modo en que las decisiones de la Academia reciben o no el apoyo del poder político y de otros órganos de poder y de influencia, así como 4) la forma, en que, en último término esas decisiones a) son atendidas o no, y b) resultan vigentes o no en la comunidad hablante a la que se dirigen. A más de esto, en el caso de Academias como la Mexicana, la Portorriqueña... de la Lengua Española, sería indispensable examinar el grado en que las mismas hacen que prive el criterio comunitario (de la comunidad hablante, internacional, a la que pertenecen) sobre el criterio nacionalista (de la sociedad global en la que están insertas) o en que proceden a la inversa y hacen que priven los intereses nacionales sobre los comunitarios. Las otras posibilidades también tendrían que estudiarse; entre ellas, la de plena subordinación de las academias de las antiguas colonias a la Academia de la antigua metrópoli; la de descuido, más o menos completo, de la realidad sociolingüística que cada una de ellas debería de considerar, para que, sin dejar de normar, aproximaran la norma a la realidad y resolvieran la tensión dialéctica entre realidad e idealidad en el sentido más fructife-

ro de a) norma acatada en la realidad y b) realidad vivificante de la normación lingüística.

J. A. Laponce; *Relating Linguistic to Political Conflicts. The Problem of Language Shift in Multilingual Societies*. IPSA.; Montreal, 1973.

Hace ya varios años que tuvimos oportunidad de reseñar para la *Revista Mexicana de Sociología*, el libro, *The Protection of Minorities* que, desde entonces, ha llegado a convertir al profesor canadiense Jean Laponce en uno de los más destacados tratadistas de ese tema. Hoy, tenemos frente a nosotros, no otro tratado suyo sino una comunicación que —aunque breve y no redondeada aún— hormiguea de sugerencias útiles, de planteamientos que, a pesar de que provienen de un especialista en ciencia política, (actualmente Presidente de la Asociación internacional de la materia) tiene ya, en embrión, los caracteres de lo interdisciplinario. Laponce, en efecto, no cae aquí en los fríos esquemas justicoidalistas sino que: a) explora las profundidades abismales de la psicología social (como, por ejemplo, cuando habla de los sentimientos de seguridad, de pertenencia, etcétera); b) recoge las aportaciones de los sociolingüistas y c) esboza ciertos procedimientos de pesquisa sicosociolingüística.

Este catedrático de la Columbia Británica trata, fundamentalmente, de los problemas de la “sociología de los idiomas” (de una que nosotros queremos distinguir: 1) tanto de la sociología del lenguaje, como 2) de la sociología de las lenguas y 3) como, también, de la sociología de una lengua o idioma determinado). El

examina cuáles son los idiomas *disponibles* (almacenados o *stored*) y cuál o cuáles los *usados* (o en todas, o en alguna, o en ninguna ocasión; por todos, por algunos o por ningún miembro de la sociedad).

En este respecto, le parece que la *elección* (libertad, problema político) de uno de entre los idiomas almacenados en la mente (problema psicológico y pedagógico) del multilingüe (problema lingüístico) miembro de una sociedad en la que existen diversas comunidades hablantes (problema sociológico) está gobernada por dos leyes: *primera*, la de especialización y, *segunda*, la de estratificación.

Las últimas menciones (especialización, estratificación) hacen pensar, de inmediato, en lo sociológico; pero, al paso de la exposición del autor, recuerdan también su dimensión psicológica. Según él:

*Primero*. En la mente del multilingüe, los idiomas: a) tienden a especializarse de acuerdo con sus "papeles" (quizás convenga otro término, para evitar la confusión con los papeles sociales o *roles* que sólo pueden tener los societarios o consocios) y b) tienden a estratificarse según:  $\alpha$ ) el conocimiento y  $\beta$ ) la preferencia que de ellas tenga el hablante.

*Segundo*. Dentro de las sociedades: a) los hombres se especializan en cuanto a papel y b) se estratifican en cuanto a sus relaciones de poder.

Como puede verse, se trata de consideraciones que hunden su raíz en lo mejor de la tradición sociológica, puesto que gravitan en torno de: 1) categorías como la de "división social del trabajo" de Emile Durkheim y Adam Smith, y 2) de la "división clasista de la sociedad" (así como de su correlato político) de Karl Marx.

Puede comprenderse, también, que —aunque no se diga— en el fondo, se trata de que, por debajo de toda la problemática sociolingüística, existe un problema de base: 1) el de la economía psicológica que rige la acumulación y el uso de los idiomas (recordamos una comunicación de Corrado Gini al Congreso Internacional de Sociología, reunido en Nüremberg, al que asistimos en 1958, en el que habló sobre las consecuencias que las limitaciones del espíritu humano tienen en lo sociológico) y 2) el de la economía social que preside esa misma acumulación y uso.

Pero, una vez que —por una u otra razón— se ha elegido un idioma (y aquí hacemos intervenir un criterio diacrónico, pues no siempre existe coincidencia entre a) la expectativa del individuo y b) la sanción (de aprobación o desaprobación) que recibe del grupo tras su elección concreta) surgen —como indica Laponce— preguntas pertinentes. Esas interrogantes son sobre si nuestra elección hace: 1) que aumentemos o que disminuyamos nuestra propia estimación; 2) que aumente o que disminuya la que de nosotros tiene la sociedad; 3) que socialmente seamos más o menos efectivos de lo que antes éramos; 4) que nos elevemos o que descendamos en el sistema posicional. Todo eso, en su turno, entra en el juego dialéctico y, a su vez, propicia (por la vía de la coerción social, resentida y aceptada o resistida y rechazada) las siguientes elecciones lingüísticas.

Lo dicho es altamente aleccionador —desde un ángulo concreto— para el sociólogo general: lo es porque la siguiente tiene que ser una pregunta sobre si un desplazamiento lingüístico aumentará o disminuirá las tensiones sociales; sobre si ahondará o zanjará fracturas y diferencias sociales, y sobre si afectará o

será afectada por el proceso político.

Laponce sugiere que, en el caso de cada miembro de la sociedad ("societario" decíamos antes, y ahora experimentamos "consocio"), habría que hacer dos escalas: en la *primera*, se ordenarían las lenguas disponibles (queremos creer que "disponibles en la sociedad", para librar a Laponce de la sospecha de propiciar una sociología atomística) según el grado de *habilidad* (queremos traducir así *proficiency*) del hablante potencial; en la *segunda*, la ordenación de las lenguas se haría de acuerdo con su *preferencia* por parte de ese hablante potencial.

La propuesta de comparación entre el grado (o escalón) que un idioma disponible ocupe en la escala de la habilidad, y el grado en que se encuentre en la escala de la preferencia [a) más alto en la primera que en la segunda, b) iguales en ambas o c) más bajo en la primera que en la segunda] es sugestiva; pero, ella misma suscita problemas desde el principio. En efecto: ¿Hasta qué punto la preferencia es independiente de la habilidad? La primera anticipación —no reflexiva— sugeriría que se prefiere aquello en lo que se es más hábil; en cambio, como muestra el propio autor, el otro extremo —no anticipado— permite observar que hay quienes prefieren usar la lengua en la que son *menos* hábiles, ya que con ello se hurtan —en cierto modo— a la coerción social; ya que, así, logran la indulgencia de "los otros" (no son éstas palabras suyas, sino nuestras); ya que así buscan escapar a los ojos de Argos de los jueces de la propia lengua (que, a las veces, se erigen en poseedores monopólicos de la misma).

Laponce no tuvo tiempo de decirlo; pero, nosotros lo aventuramos: quizás sea de la aplicación de escalas como éstas, y de la elaboración

estadístico-social de los resultados obtenidos con ellas en el caso de grandes colectividades humanas, de la que pueda inferirse (más que de las aproximaciones impresionistas corrientes) cuál es el grado de "permisividad" (al modo de los sociólogos estadounidenses), de tolerancia o de indulgencia de varias sociedades y comunidades hablantes; cuál el grado en que cada una tolera o no las desviaciones y es o no indulgente con los desviados o infractores de la norma.

El politicólogo canadiense —por otra parte— muestra cuál es el procedimiento por el cual se puede refinar el instrumento que propone, e indica que, para que el mismo sea útil, habrá que relacionar estas escalas con el dominio o ámbito (más que con el "papel") en el que se aplica cada idioma, pues, para cada uno de ellos hay: 1) una graduatoria (como seguramente observará la licenciado Leticia Ruiz de Chávez, quien actualmente trabaja justamente con graduaciones y cograduaciones) que se establece a lo largo de la dimensión "habilidad" y se pone en relación con todos y cada uno de los dominios y 2) otra graduatoria, establecida a lo largo de la dimensión "preferencia" y puesta también en relación con el ámbito (término que preferimos incluso al de "dominio" ya que éste evoca las ideas de "señorío" y de "maestría").

Aquí aparece el problema de los "registros", al que han prestado tanta atención los sociolingüistas británicos. Para dar concreción a las consideraciones de Laponce, podríamos referirnos —particularmente— a la forma en que una "materia" determinada pueda imponer un desplazamiento o una elección lingüísticos. En el Décimo Congreso Internacional de Lingüistas, al que asistimos en Bucarest, en 1967, uno de los más

eminentes especialistas (Roman Jakobson), después de haber tratado temas diversos en francés, alemán y ruso (para adaptarse al idioma de su interlocutor) dijo: "¡Permítanme que exponga estos otros temas en inglés, pues es en inglés en el que conozco mejor la terminología pertinente":

Laponce ha leído a Weinreich, y conoce las referencias que el sociolingüista desaparecido hizo a quienes, antes que él, propusieron una división "por dominios"; pero él ha querido aportar su propia lista, que incluye: 1) la recolección de conocimientos; 2) la recolección de alimento; 3) el trabajo; 4) el juego; 5) la plegaria; 6) la educación de la familia, y 7) la reunión a una tribu. La lista desconcierta: a) por lo que parece ser un cierto sesgo etnológico y b) por lo que nos parece que es, también, un sesgo intelectualista, que coloca a la recolección de conocimientos antes de la recogida de alimentos (y que, obviamente, sólo por implicación, en un contexto antropológico, recubriría formas que no son de "recolección" en sentido estricto, pues se trata de verdadero *cultivo* de alimentos, mientras que, en uno sociólogo, tendría que abarcar todas las actividades relacionadas con la de "ganarse el pan"). Fuera de eso, la lista, para los propósitos indicativos del autor, parece suficiente.

La integración de un doble coordenado en el que colocar esos dominios, la logra él recurriendo a dos dimensiones (o, mejor, a dos ejes, identificables por sus polos): la *primera*, la de lo privado y lo público; la *segunda*, la de lo voluntario y lo obligado de las actividades.

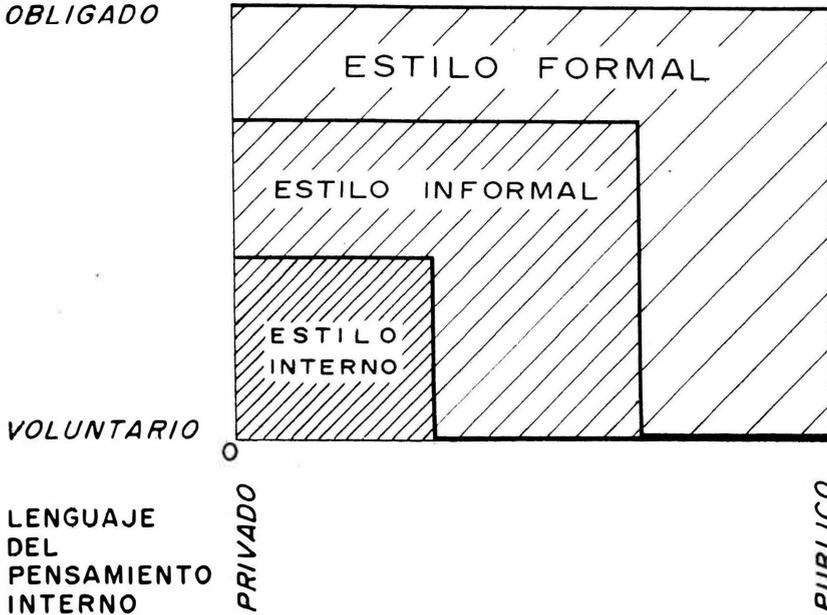
En seguida, Laponce postula la hipótesis de que, conforme un dominio está más próximo de lo privado y de lo voluntario que de lo público

y lo forzado (aquí, de nuevo, se plantea la interrogante sobre la independencia o dependencia de las dos dimensiones entre sí, sobre la ortogonalidad de los ejes, y sobre la calidad plana o curva del espacio social así como sobre sus potencialidades topológicas) el hablante deseará más usar, en ese dominio, el lenguaje de su pensamiento interno. Este, por otro lado, es —según él mismo— el más resistente al cambio.

En este punto, se muestra favorable a la distinción entre estilo interno, informal y formal (rechazando, en cambio, la subdistinción "estilo técnico" de Trager y Hall). Para integrar esto a su colocación de los dominios en un doble coordenado, quizás convenga marcar zonas grisadas, a fin de distinguir el ámbito de los estilos interno, informal y formal (que, como otras distinciones estilísticas, tienen uno de sus más destacados antecedentes en el ruso Lomonósov).

Otras de las postulaciones importantes de Laponce, en este estudio, se refieren a que: 1º conforme se esté más cerca del lenguaje del pensamiento interno, es probable que haya mayor resistencia a dejar el lenguaje preferido, y 2º que, en caso de que el individuo se *vea obligado* a abandonarlo, será también mayor la tensión que producirá el cambio. Esta hipótesis —de probarse— puede tener una gran utilidad en los estudios sobre la castellanización de los mexicanos indígenas, ya que la inducción del castellano *tanto si es por persuasión como si es por imposición*, ES GRAVOSA. Efectivamente, la imposición sólo grava más una carga, ya de por sí pesada, que la Conquista y la elección del castellano como idioma oficial de México ha hecho recaer sobre millones de mexicanos, en cuanto el uso del castellano para esos mexicanos indígenas,

OBLIGADO



*será siempre una sustitución del idioma de su pensamiento interno por un idioma distinto de aquél.*

El propio autor reconoce que, en la aplicación del procedimiento que propone, se tropieza con la dificultad de que faltan datos, incluso en casos como los de Canadá, Bélgica y Suiza pues, aun en esos países en los que las estadísticas lingüísticas interesan verdaderamente, las mismas son defectuosas. Por ello, propone no sólo que se enriquezca el interrogatorio censal de finalidad sociolingüística sino que se complemente con la observación y el registro (por medio de las grabaciones, incluso) ya que hay veces en que esas preguntas se interpretan no en términos de hecho sino en su relación con la lealtad lingüística (punto que había señalado ya Haim Blanc en sus observaciones sobre el uso de cuestionarios y entrevistas, en Israel). En este punto, también converge con las especificaciones de la sicolingüista rumana Tatiana Slama-

Cazacu, aunque su motivación de politólogo sea diferente, pues subraya la necesidad que hay de realizar estudios que midan la tensión producida por los desplazamientos lingüísticos. Esa tensión se manifiesta en las dudas, en las repeticiones, en la emisión a) o tarda, o b) difícil, o c) defectuosa o d) sobreconsciente. A ello agregaríamos el uso de dobletes procedentes de dos o más de las lenguas que maneja el hablante, los cuales surgen cuando éste no está seguro de que el término del idioma ajeno (o del propio, según el caso) traduzca fiel e íntegramente el significado y el matiz de significado del idioma propio (o del ajeno, en forma correlativa).

Como es frecuente que ocurra en los estudios sociolingüísticos de nuestro tiempo, éste descubre muchas de las carencias de información que imposibilitan el logro de conclusiones equiparables a las obtenidas por disciplinas más viejas. Se necesitan elaborar, así, según él: 1) "mapas" de

uso del lenguaje y de los desplazamientos de una lengua por otra, 2) "dietas" lingüísticas (que, como los estudios de Ure y Ellis sobre registros, permiten adivinar la estrella guía de los *budget-temps* y, más allá, la de los presupuestos familiares introducidos por Le Play); 3) estudios sobre las tensiones lingüísticas, capaces de relacionar las jerarquías lingüísticas que hay en la mente del multilingüe con las jerarquías sociales y políticas de su ambiente físico, a base de la noción de "distancia". Esta es una categoría sociológica que probablemente hayan olvidado ya aquellos, de entre los "sociolingüistas", que dicen despreciar la sociología general (quizás porque la ignoran o tal vez porque desconozcan que, sin ella, aunque fuera factible, ni es posible ni sería útil, la sociolingüística misma).

Un punto de gran importancia para la planificación lingüística surge en cuanto: 1º en contra de la idea de los viejos gramáticos, que concebían a la lengua como una obra de arte (neciamente, algunas "academias de la lengua" han estado, casi exclusivamente, en poder de literatos y no por igual en el de los literatos, los lingüistas, los sicólogos, los sociólogos, los politicólogos y los pedagogos) \* y también, 2º en contra de la visión simplificada de algunos planificadores lingüísticos de hoy, que ven en la lengua sólo un instrumento de comunicación (*y no*

*principalmente* un instrumento, *pero, también,* una obra estética). Laponce señala que un idioma no es sólo un instrumento sino que también es "un territorio bajo nuestro control", uno en el que "nos sentimos en casa o no"; en el que "estamos o no a nuestras anchas"; en el que disfrutamos o no de la sensación de libertad y de la sensación de seguridad.

Esa seguridad sentida proviene del hecho de que la persona tiene conciencia de pertenecer a un grupo vinculado por los mismos signos y por idénticos símbolos.

Por su parte, ese sentimiento de libertad (problema psicológico-social, más que político, pues el político tiene que ver con las condiciones *objetivas* que permiten que un individuo pueda usar o no pueda emplear un idioma) se mide por la habilidad del hablante para crear, improvisar, innovar, en la lengua considerada; por una falta de miedo a los "jueces" (a los gramáticos, a las élites educadas, que ocupan posiciones de autoridad); por una falta de preocupación por el peso impersonal del "Se" (se hace, se dice...) castellano, del "On" francés, del "Man" alemán, del "they" inglés (o sea, por la coerción social difusa). Esta anotación es importante para nosotros, en cuanto los hablantes del castellano en México suelen pensar que basta con castellanizar a quienes sólo hablan lenguas indígenas para que éstos ingresen al paraíso de la sociedad global mexicana, ya que así podrán comunicarse con todos los otros mexicanos, sin considerar que esto *no es suficiente*, pues el castellano sólo en casos excepcionales (el de Andrés Henestrosa, académico, se saca a cuenta, con razón; pero, no por ello llega a ser representativo) permitirá que quien tuvo como lengua materna una lengua indígena cree en castellano y se recree lingüís-

\* Esta es solo una de las limitaciones de estas instituciones, respetables por su inspiración, despreciables por su esclerosis, que prefieren discutir, en pleno siglo XX, si deben o no admitir mujeres como académicos, en vez de plantearse los problemas fundamentales del idioma, dentro de una concepción dinámica y armoniosa que, respetuosa de los derechos de la tradición, no desatienda los reclamos de la modernidad.

ticamente. En cambio, la conservación del propio idioma indígena al lado del castellano (en cuanto idioma oficial de México) y no sólo la tolerancia sino también el estímulo nacional al uso práctico y creador de ese idioma indígena será lo que permita que no sean unos cuantos sino todos los mexicanos los que se autorrealicen lingüísticamente; serán esa tolerancia y ese estímulo los que, también en este ámbito (tan importante, pues el idioma es la *atmósfera de la propia cultura*) todos los mexicanos disfruten de libertad. No se trata de un kierkegaardiano "either-or", sino de un "esto y también aquello".

El sentimiento de seguridad —según ha observado Laponce— se consigue, en el caso de la situación multilingüe, en distintas formas, según que el multilingüe sea coordinado o compuesto, pues: el primero juxtapone los idiomas según el papel y maximiza su seguridad alternándolos de acuerdo con su experiencia técnica; el segundo (que tiene implementos alternos, disponibles en los dominios y situaciones vitales estudiados), al hablar una lengua de preferencia a otra, aumentará o reducirá su sentimiento de seguridad técnica, al permitir un juego mayor de la variable cultural, pero sólo la hará variar de modo marginal.

Los problemas siguientes consisten en: 1) determinar cuáles serán los efectos generales que tendrá el hecho de que un hablante no pueda usar la lengua que maximiza su sentimiento de libertad y seguridad y 2) las consecuencias que tendrá, específicamente, el desplazamiento idiomático al que se le obliga, sobre su relación de locutor que se comunica con otros locutores (con sus interlocutores). Más generalmente, si en una situación dada, se puede elegir entre varios idiomas, hay que deter-

minar cuál es el efecto que el uso de uno de ellos tiene sobre:

1) El propio sentimiento de competencia técnica, 2) sobre el propio sentimiento de libertad; 3) sobre el sentimiento de pertenencia o afiliación social. Una pregunta central, en este respecto, tratará de determinar si al elegir el idioma ajeno, el locutor evita la enajenación o apartamiento con respecto a su interlocutor, pero si la evita sólo a costa de enajenarse o apartarse de sí mismo o del grupo del que él mismo, como locutor, es miembro.

Para medir los efectos de los encuentros idiomáticos entre bilingües, Laponce usa un conjunto de categorías: 1) la posición social dentro del propio grupo lingüístico; 2) la posición social dentro del grupo lingüístico del interactuante (aún no interlocutor); 3) la distancia de sí mismo, y 4) la distancia respecto del interactuante (en términos instrumentales y emocionales). En seguida, compara los resultados positivos, negativos o neutros que se obtienen cuando se usa la lengua A y cuando se emplea la lengua B; pero, habla de la posibilidad de sustituir bipolaridades y centros de equilibrio por escalas ordinales (y, quizás, a la larga, pueda pensarse en el uso de otras, intervalares, si éstas pueden proceder del uso de cuestionarios o de la recolección y análisis de aquellos actos no verbales de la comunicación que rodean al desplazamiento lingüístico).

Al entrar en el terreno político-administrativo, Laponce examina las soluciones que se han intentado frente a los problemas del multilingüismo. Encuentra, que, 1) por ensayo y error, han introducido soluciones muy disímolas, las cuales pueden ser ordenadas a modo de que parezcan ser resultados de un gran experimento de laboratorio, y 2) que las mismas

son de dos tipos, pues representan: a) o una multiplicación de los desplazamientos lingüísticos o b) una reducción (que trata de ser tan grande como puede) en el número de tales desplazamientos.

El contraste entre estas dos políticas debe relacionarse con otros contrastes sociolingüísticos: 1º el de la diglosia y el bilingüismo; 2º el del multilingüe compuesto (que mezcla lenguas a través de todos los dominios del habla) y el multilingüe coordinado (que segrega las lenguas de acuerdo con su función.\*

Algunos Estados favorecen el intercambio lingüístico universal entre comunidades lingüísticas y, aplicando la solución compuesta, tratan de mezclar las lenguas en el nivel individual; otros, prefieren la "coexistencia separada" y segregan las lenguas según sus límites étnicos, territoriales o de función. En Canadá, la solución compuesta es la favorecida por el gobierno federal; éste busca —con ello— que el francés y el inglés sean entendidos y hablados de una costa a la otra del país, y de una a la otra frontera.

Las agencias sociolingüísticas son importantes, pues su acción tiene diferentes repercusiones en las situaciones de multilingüismo; así, por ejemplo, para el multilingüismo compuesto, son efectivas la familia y el patio de recreo puesto que, —en contraste— cuando se ha dejado que sean sólo las universidades las que enseñan la segunda lengua (como ha ocurrido con el francés, en el Canadá angloparlante) se ha fracasado socialmente (aunque mediante ese sistema haya habido algunos individuos que hayan llegado a triunfar).

En una entidad política bilingüe,

la solución compuesta toma la precedencia cuando se quieren construir instituciones omnicomprensivas; pero, incluso en el nivel en el que se mueven los ministros y los servidores civiles superiores bilingües, se puede reducir el número de desplazamientos lingüísticos mediante un "bilingüismo pasivo". Así, la conversación ideal entre administradores belgas es una en la que cada persona usa *activamente* su propia lengua. Esa solución nos ha parecido plausible no sólo nacional sino aun internacionalmente en cuanto la hemos creído acordada con una "Filosofía del Encuentro-a-Medio-Camino, con los Demás". Sin embargo, la crítica de Laponce no es de desestimar, así sea más viva de imaginaria que sólida de sustentación; según él dice, "un bilingüismo pasivo no puede evitar algunos desplazamientos lingüísticos —los desplazamientos entre el idioma de la comprensión y el idioma de la producción— los cuales pueden producir tan poca satisfacción como un juego de tenis que se realizara en dos patios de juego diferentes".

Aunque —como comunicación que es y no tratado— éste es menos definitivo y redondeado que otros trabajos suyos, Laponce muestra aquí, de modo indudable y en forma estimulante, cuáles son algunos de los cauces interdisciplinarios por los que tiene que discurrir una sociolingüística que se desee fructífera.

Kenneth D. McRae: *The Principle of Territoriality and the Principle of Personality in Multilingual States*. 1/P.S.A. Montreal, 1973.

\* Término que consideramos mejor que el de "papel", por lo ya dicho anteriormente.

McRae considera que, puesto que la diversidad lingüística corresponde a